

# Callejón del Gato

## Pauvre Lelian

José Ramón Enríquez

Al principio de los sesenta, cuando los descubrí en el bachillerato, Paul Verlaine y su entorno me resultaron fascinantes. Su poesía, en un grueso volumen de 1944, su concepto de “poetas malditos”, su relación con Rimbaud y su catolicismo, todo conformaba una figura llena de contradicciones y de belleza formal con cara de fauno y mirada perdida. Encarnaba lo apolíneo y dionisiaco en la clave nietzscheana que también conocí por esas fechas.

No sé para otras generaciones, para la mía el concepto de “poetas malditos” fue fundamental, sobre todo por dos individualidades que lo formaban: Mallarmé y Rimbaud. Ellos han continuado en el candelero mientras que Verlaine, el “padre y maestro mágico/ líroforo celeste” que llorara Darío, se me fue deslavando con el paso del tiempo. No digo que lo olvidara pero sí que lo he recordado por referencias, desde la sonora grandeza del “Responso a Verlaine”, de Rubén Darío, hasta su relación agrídulce y cruel con el “ángel desterrado” como llamara él mismo al niño poeta Arthur Rimbaud, un temible “místico en estado salvaje” que definiera Claudel.

Sin embargo, al escribir mi anterior columna fue convocado por Alejandro Sawa y viajé con los dos por el Callejón del Gato. Sawa lo recordó, al hablar de su muerte, como “fantasmal y enorme, completamente cubierto de nieve”, una “estatua del Comendador, viva e imponente para nosotros” y “un poco triste, un poco ebrio...” pero “Verlaine no vendrá ya”.

Sin embargo, vino a mí nuevamente y me lo trajo, arrinconado, una foto de Google en una esquina de bar que parece corresponder, decadente y desesperada, a la que ocupara Rimbaud a su lado en el óleo precisamente titulado *Rincón de mesa de*



Paul Verlaine

Fantin-Latour. Se me apareció como un pobre Verlaine, como el Pauvre Lelian del acrónimo que usara para hablar de sí mismo en *Los poetas malditos*.

El acrónimo era más que un recurso para escribir en tercera persona e incluirse con menos pudor en un libro de ensayos sobre poetas contemporáneos suyos. En Bélgica se rompió tras dar un balazo a su amado inolvidable e ir a la cárcel. Lo salvó su vuelta a la Iglesia católica, en una conversión muy lejana de la estética epifanía de Paul Claudel en Notre Dame. De ahí en adelante se arrinconó como en la foto de Paul Marsan-Dornac que me encontré por Google: “Verlaine bebiendo ajeno en 1892”. Cuatro años antes de morir, un viejo que no ha cumplido siquiera los cincuenta.

En el texto de *Los poetas malditos* sobre el Pauvre Lelian, Paul Verlaine cita extensamente una defensa en prosa de Lelian sobre su derecho a ser católico y buen poeta, discusión que aún se cierne sobre Verlaine. Pero, sobre todo, cita dos poemas de Rimbaud para explicarse a sí mismo. Uno es esa cumbre de la poesía universal, “Mi corazón robado”, en el cual el niño poeta narra cómo fue violado cuando buscaba unirse a la Comuna de París: un corazón babeado por detrás, “debajo de las burlas de la tropa / entre la risotada general / mi pobre corazón babea por detrás”. La itifálica soldadesca no sólo lo viola sino que lo parte por el eje porque “tendré sobresaltos estomáquicos / si degradan mi

triste corazón. / Cuando sus chicotes hayan cesado, / ¿cómo actuar, oh corazón robado?”. El poeta tiene 17 años cuando describe lo indescriptible. No muchos más tiene cuando escribe el segundo recogido por Verlaine que habla de un fauno “temeroso” y “amedrentado por un pajarillo hermoso y multicolor”.

Poco he visitado a ese poeta triste que perdió todos sus amores y poco he revisado su conversión para aprender de ella. Quizá no fue un recurso melodramático de quien juega a la vuelta del hijo pródigo entre los brazos de la Santa Madre y las copas de ajeno, sino una auténtica epifanía.

Hoy, ¿quién es el Pauvre Lelian que me mira desde el rincón de un café venido a menos? Mal he hecho al volverle la espalda cuando he estado yo “en el rincón de una cantina / oyendo la canción que yo pedí”. Tal como apostrofaba Baudelaire, el maestro de todos, he sido su “hipócrita lector” pero me he olvidado de que por múltiples causas soy su “semejante” y le debo ser su “hermano”.

Quizá la hora de releer al Pauvre Lelian, con cuanto de conmiseración y máscara tenga el adjetivo, exija que se haya alejado un poco de la épica rimbaudiana y ya se esté en la edad de acudir a la cita con el poeta que bebe y reza entre memorias tristes y gloriosas. A quien “púberes canéforas ofrenden el acanto”, como pidió ese otro católico lleno de muy carnales contradicciones que se confesara hijo y alumno suyo, Rubén Darío. **U**